

1. Oraciones al pie del altar

(En el camino de regreso, Voivodina, 1992)

La última vez que lo había visto, diez años atrás, él volvía a su casa y ella lo acompañaba. Desde que el autocar de Belgrado los había dejado en la estación de autobuses, él no había abierto la boca. Luego se detuvo, aún en silencio, para acodarse en el pretil de un puente sobre el Danubio del que los bombardeos de la OTAN en 1999 no dejarían en pie más que los pilares. Antonia se quedó rezagada, con la cámara en la mano, observándolo. Él llevaba un uniforme de faena desgarrado en el que había cosido sus galones de sargento y, bajo la insignia del disuelto JNA,* un escudo serbio con un águila bicéfala flanqueado por las cuatro sigmas lunares. A sus pies descansaba un petate militar grande que solo contenía una edición húngara del *Kaddish por el hijo no nacido* de Imre Kertész, el primer volumen de una traducción serbocroata de las obras completas de Bukowski y unas cuantas cintas de casete, de R.E.M. y Nirvana, que ya ni recordaba cuándo había escuchado por última vez. Se sostenía la cabeza con las manos. No contemplaba las

* Ejército Popular Yugoslavo.

aguas negras del río ni el cielo cargado de lluvia. Al pasar por su lado, un grupo de chavales muy jóvenes que avanzaba por el puente había aminorado el paso y estallado en una carcajada incomprensible, mirándolo de arriba abajo descaradamente. Antonia había hecho la foto, la última del reportaje que le había dedicado y que jamás llegaría a publicarse. Al principio él pareció no reaccionar. Pero entonces alzó la cabeza y Antonia vio que lloraba. Agarró el petate y, al comprobar que ella se disponía a seguirlo, la detuvo con un gesto de la mano, y ella se quedó plantada en el puente viendo cómo se alejaba hasta que hubo desaparecido y fue demasiado tarde para más despedidas.

Aquella tarde de viernes de agosto de 2003, en el puerto de Calvi, lo reconoció de inmediato. Dragan caminaba hacia ella en medio de la muchedumbre de turistas, con otro suboficial de la legión extranjera, y su uniforme ahora estaba impecable. Ella se detuvo. Cuando sus miradas se cruzaron, él sonrió y la besó con un entusiasmo que no podía ser fingido. Estaba tan desconcertada que al principio no se percató de que él le hablaba en francés. Señaló la cámara que Antonia llevaba en bandolera. ¿Hay cosas interesantes para fotografiar aquí? Ella se echó a reír. No. Nada interesante, la verdad. Ahora hacía reportajes de bodas, por eso estaba en Calvi. Fotos de alianzas. De familias emocionadas. De parejas, obviamente, muchas parejas, delante de macizos de flores, de coches de lujo o de puestas de sol sobre el Mediterráneo. Siempre las mismas cosas a un tiempo curiosamente grotescas, repetitivas y efímeras. Se ganaba bien la vida, pero lo que hacía no tenía ningún interés. Se calló. Temió que él pudiera ponderar la profundidad de

su amargura. Le preguntó si le apetecía tomar una copa. Él estaba de guardia. Tenía que volver al campamento Raffalli. Pero le encantaría pasar el día siguiente con ella. Antonia tenía previsto volver a su casa, en el sur, en cuanto acabase la boda. Había prometido a sus padres que cenaría con ellos. Él se encogió de hombros. ¿No podía quedarse un día más? Ella lo miró. Claro que sí, podía.

Llamó a su madre para anunciarle que un imprevisto la obligaba a prolongar veinticuatro horas más la estancia en Balagne. No podría cenar en el pueblo el sábado, como les había prometido, pero estaría allí sin falta al día siguiente. Aunque Antonia procuró presentar el contratiempo bajo una luz lo menos dramática posible, no pudo evitar que al otro lado se desencadenase inmediatamente una crítica desconsolada que le reprochaba su falta de formalidad, su ingratitud y su egoísmo. Antonia no cometió el error de irritarse. Garantizó a su madre la perfección de su amor filial, le dijo que se alegraría mucho de verla el domingo, y la redujo al silencio colgándole más o menos de golpe, tras lo cual apagó el teléfono y se metió en la cama.

Durante todo el día, trató de concentrarse en su trabajo. Fotografió a la novia desde que salió del cuarto de baño hasta el momento en que se puso un vestido que recibió la unánime calificación de sublime por parte de un entorno embelesado; fotografió la sonrisa obligatoriamente radiante del novio en el momento en que descubrió a su prometida; los acompañó a la iglesia; durante el banquete, sacó fotos de todos los invitados embrutecidos por el calor y el alcohol; y terminó la jornada en la playa, donde se permitió el placer culpable de hacer

posar largo rato a los novios bajo un sol abrasador en posturas sofisticadas que ella esperaba fuesen tan dolorosas como ridículas. Al término de la sesión, los recién casados estaban sudados pero felices. No ponían en duda que el resultado sería magnífico, como todo en ese día. Pagaron a Antonia dándole las gracias cordialmente y ella pudo irse a cenar con Dragan. Conversaron toda la noche y, cuando Antonia regresó a su hotel, eran las cinco de la mañana. No tenía sueño. Aunque se acostara y, pese a todo, consiguiera conciliar el sueño, tendría que dejar la habitación a las once. Decidió ponerse en marcha. Pararía en su casa, dormiría todo el día y subiría luego al pueblo para cenar con sus padres. Se sentó al volante y bajó todas las ventanillas. Todavía era de noche y la temperatura no había descendido de los treinta grados en ningún momento. Atravesó L'Île Rousse. Por la carretera de Ostriconi, al tomar una curva, mientras el mar, abajo, permanecía entre las sombras de la noche, el sol que alumbraba vagamente el cielo tras las montañas rebasó bruscamente las cumbres y sus primeros rayos vinieron a iluminar el rostro de Antonia. Ella se dejó deslumbrar un instante y cerró los ojos.

Sus padres y su hermano, Marc-Aurèle, la esperaron mucho tiempo. Cuando la llamaban, saltaba el contestador. A las nueve de la noche, su madre había pasado definitivamente de la indignación a la desesperación. Salieron los tres del pueblo para bajar a la ciudad, llamaron en vano a la puerta del piso de Antonia, preguntaron a los vecinos, recorrieron las calles del barrio en todas direcciones para intentar localizar su coche, y terminaron por dar parte en la gendarmería. Al día siguiente, a última hora de la tarde, dos gendarmes llegaron al

pueblo, y la madre de Antonia se puso a gritar en cuanto vio la expresión de sus rostros. Le confirmaron que aquello que tanto había temido, no solo durante las últimas veinticuatro horas, sino, en el fondo, toda su vida, había sucedido. Los compañeros de Balagne habían hallado el vehículo de Antonia en el fondo de un barranco de Ostriconi. Habían tardado bastante tiempo. Era casi imposible localizarla desde la carretera, y el asfalto no presentaba huellas de frenado que orientaran la búsqueda. Habían tenido que utilizar un helicóptero. Seguramente, Antonia había fallecido el día anterior, al alba. Los gendarmes quisieron marcharse, pero el padre de Antonia insistió en ofrecerles unos cafés que ellos bebieron en silencio, de pie en la cocina, cabizbajos y con el quepis en la mano.

Dos días más tarde, el ataúd es depositado sobre un modesto catafalco frente al altar, entre dos cirios blancos muy largos. El sacerdote que se acerca a bendecirlo es el tío materno de Antonia. Es también la persona que, treinta y ocho años antes, en la misma iglesia, la estrechó contra él mientras el agua fría del baptisterio vertida sobre su frente la hacía llorar. Por aquel entonces, él tenía diecisiete años. No le interesaba el ritual. Solo podía pensar en reconfortar al bebé que se revolvía entre sus brazos.

Ahora, dice: *Me acercaré al altar de Dios*, y el pueblo: *Al Dios de mi alegría*.

Las palabras de la liturgia no son difíciles de pronunciar. No le pertenecen, existen sin él, no reclaman ni su dolor ni la ternura inoportuna de sus recuerdos, tan solo la materialidad de su cuerpo para encarnarse y cobrar vida a través de él. Sin embargo, le resulta penoso oír la

respuesta de los asistentes. Le parece que todas las voces se unen para convertirse en la de Antonia, y que es ella quien habla, una última vez, con una extraña voz múltiple, antes de quedar reducida al silencio. Por un instante, teme dejarse llevar por una emoción irrefrenable y fuera de lugar. Lo único que puede hacer es encomendarse a la gracia de Dios.

Dice: *Nuestro socorro está en el nombre del Señor.*

Oye el zumbido de las conversaciones de quienes no han encontrado sitio en el interior de la iglesia y se han quedado fuera para esperar a que acabe la ceremonia y dar el pésame. Son muchos. La muerte prematura constituye siempre, y más cuando es repentina, un escándalo con un temible poder de seducción. Desde el altar, ve que detrás de los bancos de la iglesia se apretujan vecinos del pueblo y desconocidos, ve a primos más o menos lejanos, a sus hermanos y, en la primera fila, muy cerca del ataúd, a su hermana y su cuñado, y a Marc-Aurèle que llora desconsolado. Habría podido negarse a celebrar la misa, estar de pie a su lado. Si hubiera tomado esa decisión, quizá él también estaría llorando. Pero a Antonia de nada le sirven unas lágrimas más. Ya no alberga dudas: es ahí, al pie del altar, donde está su sitio, es ahí donde más cerca se encuentra de su difunta ahijada, más cerca de lo que ha estado en mucho, mucho tiempo.

2. *Requiem æternam*

(Familia de turistas yendo hacia la playa, Córcega Meridional, 1979)

Cuando le regaló a Antonia, por su décimo cuarto cumpleaños, la primera cámara de fotos que ella tuvo entre sus manos, él todavía estaba en el seminario. Su ahijada se abalanzó sobre él en un arranque de alegría infantil, porque por aquel entonces era él y solo él quien alegraba su juventud. Llevaba unos meses apasionada por las fotos familiares, que examinaba largo rato con atención, una por una, tras haberlas repartido sobre la mesa del comedor. Aunque se conservaran en el desorden más absoluto en el interior de una cartera de cuero vieja, Antonia las manipulaba con un cuidado extremo, como iconos frágiles y valiosos. Aquellas fotos, sin embargo, no presentaban ningún interés especial. Todas las familias tenían las mismas, contaban todas la misma historia, poniendo en escena a los mismos personajes: los recién nacidos con ropas de encaje, los niños haciendo la primera comunión, las novias, las mujeres en la fuente vestidas de verano, una cantidad inverosímil de soldados, victoriosos y vencidos, arrogantes, cándidamente viriles, temerosos y avergonzados, posando en las trincheras del Somme, en las calles de Rabat, Alepo o Saigón, en selvas

tropicales y desiertos, con el ancla dorada de las tropas coloniales bordada en el quepis, rodeados de *goumiers*, de tiradores senegaleses, de cipayos otomanos, a lomos de purasangres árabes, junto a una pieza de artillería de la línea Maginot y en el patio de un campo de prisioneros, envueltos en mantas militares, los niños sentados sobre las rodillas de sus madres, los primeros grupos de adolescentes joviales en bañador y en color y las ancianas con velo cuya expresión inevitablemente siniestra daba fe de que ese mundo era, en efecto, el valle de lágrimas al que aluden los Salmos. El padrino de Antonia creyó en un primer momento que la niña se interesaba por sus orígenes y se ofreció a guiarla por los enmarañados caminos de una genealogía que las viudedades precoces y las segundas nupcias, los hijos nacidos de varios lechos, las inevitables niñas-madre y las uniones de sutil consanguinidad volvían irremediabilmente oscura al neófito. Los esfuerzos considerables, y a veces vanos, que él asumió para identificar desconocidos y determinar el grado de parentesco suscitaron en Antonia un mero interés de cortesía. No era ese el enigma que la cautivaba. Poco le importaba pertenecer o no a la familia de quienes habían dejado su huella en el papel satinado. El enigma consistía en la existencia de la propia huella: la luz reflejada por unos cuerpos ya envejecidos o desde hacía tiempo transformados en polvo había sido captada y conservada durante un proceso cuya faceta milagrosa no se agotaba mediante sencillas explicaciones técnicas. Antonia contemplaba un retrato de su madre con diez años, de pie a la sombra del laurel plantado delante de la casa, junto a una minúscula antepasada que presentaba el semblante espeluznante de rigor, o reconocía a su padri-

no, a la misma edad, entre otros alumnos reunidos en el patio de la escuela del pueblo para hacerse la foto de la clase, y la casa, el cobertizo y hasta el laurel parecían no haber cambiado, pero la antepasada había muerto, su madre y su padrino habían dejado de ser niños mucho tiempo atrás y, sin embargo, su infancia desaparecida había depositado sobre la película fotográfica una huella de su realidad, tan tangible e inmediata como el rastro de una pisada en un suelo de arcilla, y a Antonia le daba la sensación de que todos los rincones conocidos y, a partir de esos rincones, la inmensidad del mundo entero, se llenaban de formas silenciosas, como si todos los instantes del pasado subsistieran simultáneamente, no en la eternidad, sino en una inconcebible permanencia del presente. Sin embargo, Antonia sabía perfectamente que todos los adultos habían sido niños, sabía que los muertos vivieron, y que el pasado, por muy remoto que fuera, fue primero presente; ¿de qué modo la prueba de la verdad de esos lugares comunes podía revelarse enigmática o turbadora? De nada servía buscar una respuesta inteligente o profunda a esta pregunta; las fotografías contraponían la impenetrabilidad de su superficie a cualquier búsqueda de profundidad.

Estaba convencido de que la nueva pasión de su sobrina y ahijada no era en absoluto un capricho. Esa vez no se equivocaba, pero su certeza nada tenía que ver con su sagacidad. En verdad, profesaba una confianza ciega a Antonia, todo lo que la niña decía o se proponía le parecía admirable y, si la pillaba en falta, siempre suponía que en el fondo el comportamiento de su ahijada obedecía a una razón noble y secreta. Desde que la había acompañado en la pila bautismal, aquella mañana de

domingo del verano de 1965, cuando su relación con Dios era aún inexistente y él luchaba contra una espantosa resaca fruto de una noche pasada en un cabaré de la ciudad, se sentía indefectiblemente unido a ella, por sangre y en espíritu. La quería como si realmente se hubiera convertido en su hija por la gracia de un sacramento al que sin embargo entonces no concedía ningún tipo de importancia, y ese amor era el único, antes de que una llamada inesperada e imperiosa lo llevara a caer en su propio camino a Damasco, que él era capaz de experimentar plenamente, sin restricciones ni límites. Su hermana se lo reprochaba, predecía que transformaría a Antonia en una niña mimada e insoportable, y no le gustó nada que se distinguiera una vez más haciéndole un regalo tan escandalosamente espléndido como una cámara de fotos. Le gustó aún menos cuando, en las semanas posteriores a su cumpleaños, Antonia, lejos de cansarse del juguete nuevo, empezó a someter a los miembros de su familia y a los visitantes imprudentes a la amenaza constante de su objetivo. Hubo que aludir a la confiscación definitiva de la cámara para que su dueña se resignara a fotografiar animales, flores, paisajes y edificios, cosas que se ofrecían a su avidez con dócil indiferencia. Antonia se desesperaba. No le interesaban ni los animales ni las flores, únicamente los seres humanos, y, además, todas las fotos le salían mal. Por mucho que anotara escrupulosamente en un cuaderno los valores de apertura y las velocidades de obturación, solo le salían imágenes borrosas, demasiado oscuras o atrocamente sobreexpuestas. Cada vez que recogía los revelados se dejaba invadir por el desaliento. No progresaba, y la afición costaba tal fortuna que sus padres tuvieron que

acceder a que Antonia instalara su propio laboratorio en el sótano. Aprendió a revelar ella misma sus negativos entre los efluvios ácidos de los productos químicos y el vino rosado que su padre compraba al por mayor en la cooperativa antes de embotellarlo él mismo. Antonia acabó por controlar las exposiciones erráticas y a enfocar correctamente. Pero ni siquiera así estaba satisfecha. Había que reconocer que la mayoría de los instantes no merecían ser milagrosamente salvados de su caducidad. Solo cuando llegó agosto de 1979 sacó, casi a su pesar, la primera foto que juzgó digna de ser conservada.

Pascal B. y sus amigos invitaron a Antonia, Madeleine, Lætitia O. y otras muchachas del pueblo a las que peligrosamente estaban dejando de considerar unas crías a tomar un helado en la ciudad. Aparcaron en el puerto. Los cafés estaban alineados a lo largo de una calle que daba a las playas y que había que atravesar para acceder a las terrazas de primera línea, donde Antonia, cámara en mano, se instaló con las chicas. Los chicos se quedaron al otro lado de la calle, sentados en una mesa ubicada en la acera, menos Pascal B., que se apoyó en el muro junto a la entrada, con el café en la mano. Llevaba un conjunto compuesto de túnica y pantalón blancos, adornados con bordados de colores de inspiración india, y mocasines trenzados, también blancos. Tenía entonces diecinueve años, y Antonia lo encontraba irresistible. Observó detenidamente al grupo a través del visor, se esmeró enfocando y aguardó a que un camarero inoportuno que cruzaba la calle desapareciera en el interior del bar. En el momento del disparo, unos transeúntes que no había visto venir se colaron en el encuadre, por la izquierda. Se trataba de una pareja de turistas, un hom-

bre y una mujer de unos cuarenta años, acompañados por sus dos hijos. Se dirigían a la playa, descalzos y ataviados únicamente con sus trajes de baño y sus toallas sobre los hombros, ajenos a que, por culpa del desparpajo imperdonable de su intrusión, habían arruinado la meticulosa composición de Antonia. En el momento del revelado, Antonia comprobó con estupor que la foto era perfecta; y descubrió así que nunca debía dejar de confiar en la prodigalidad del azar: en la imagen se veía a los chicos levantando la cabeza al unísono con una mueca de desaprobación y desagrado hacia la izquierda del encuadre, donde acababan de aparecer los turistas indiferentes que avanzaban bajo el letrero del bar. Pascal B. también se había girado hacia ellos, pero su mirada expresaba mucho más que desaprobación o desagrado. Ellos seguían su camino sonriendo, como si no existiera el mundo extraordinariamente hostil que los rodeaba. Era imposible determinar si su ceguera se debía a la inocencia o al desprecio. La foto no mostraba, aunque evidentemente dejaba entrever esa posibilidad, que un segundo más tarde, al volverse de pronto hacia su mujer, el hombre tropezó con Pascal B., que derramó el café y por un instante consideró con un aire de estupor incrédulo las manchas pardas que mancillaban su bonito conjunto blanco. El culpable abrió la boca, acaso para pronunciar unas palabras de disculpa inútiles, pero Pascal B. no le dio tiempo a hablar y le propinó un cabezazo. El turista se llevó las manos a la nariz y cayó de rodillas a la acera. La mujer gritó y se abalanzó sobre Pascal B., que la estampó brutalmente contra la pared. Se acercó de nuevo al hombre que estaba en el suelo y le pegó una patada en las costillas, y después otra más, cubriéndolo de

insultos. El turista se ovilló, intentando protegerse como podía. En el bar, nadie hizo amago de acudir en su ayuda. Los niños, aterrorizados, empezaron a chillar y a llorar. La mujer, que tenía un hombro y la espalda desollados, los cogió en brazos, llorando también. Todo el mundo los miraba. De pronto, el furor de Pascal B. se aplacó. Se quedó de pie, jadeando, con la mirada vacía, y dio media vuelta para entrar en el bar. El hombre se levantó, con la cara ensangrentada, y se marchó con la mujer y los niños. Antonia oyó risas. Aunque siempre se quejaba de la falta de temas de interés, curiosamente, no había hecho más fotos. Sabía que era la decisión correcta: la humillación de un hombre que está recibiendo una paliza delante de sus hijos, su terror y su debilidad y, más aún, el sórdido escalofrío de gozo colectivo que había atravesado a los espectadores, todo ello debía desaparecer para siempre en los abismos del pasado. Antonia todavía no había mirado a los ojos a la Medusa, pero, por primera vez, había sentido su presencia y oído el siseo de las serpientes de su melena. Tenía la boca seca y náuseas, sentía una vergüenza vaga y, al mismo tiempo, estaba increíblemente excitada por lo que acababa de presenciar, ese arranque de violencia pura, tan desproporcionado que se volvía completamente gratuito; a Antonia le había gustado su cercanía, entendía su sentido, y cuando Pascal B. salió del bar donde había intentado en vano limpiar las manchas de café con ayuda de un paño húmedo, ella lo encontró aún más atractivo. En el coche, durante el camino de vuelta, los chicos lo felicitaron y le dieron palmaditas en el hombro. Él conducía sin apartar la mirada de la carretera, sin responder nada, sin sonreír. Cuando la dejó delante de su casa, Antonia

tuvo ganas de retratarlo, en un plano general, al volante de su coche, pero no se atrevió a pedirle que posara para ella. Envío la foto de la que tan satisfecha se sentía a su padrino, al seminario, para que él pudiera alegrarse de sus progresos. En la carta que acompañaba el envío, Antonia no le habló ni del incidente ni de la turbadora ambivalencia de los sentimientos que se habían agitado en su interior. Siguió enviándole fotos, cada vez más, que ella consideraba logradas. En febrero de 1981, le regaló una ampliación enmarcada de la que había hecho durante su ordenación, estando él tumbado boca abajo, abrumado de alegría y emoción, con el corazón latiendo sobre las baldosas heladas de la catedral de Ajaccio.

Ahora, la campana ha tocado a muerto por primera vez y, con la casulla y la estola violetas sobre los hombros, espera la llegada del féretro, afanándose en vano por rezar ante la estatua de Nuestra Señora del Rosario. Sabe muy bien que la experiencia de la soledad atroz y el abandono es inherente a la de la fe, pero, en este momento preciso, le faltan fuerzas para soportarlo. Todavía tiene miedo de ser incapaz de celebrar la misa de difuntos. Cuando su hermana se lo pidió o, más bien, se lo exigió por teléfono dos días antes, justo después de anunciarle la muerte de Antonia, al principio rehusó con indignación. ¿Cómo te atreves? Sabes perfectamente que ese no es mi sitio, mi sitio está a vuestro lado, pero ella se negaba a escucharlo, y por mucho que él repitiera estúpidamente, inútilmente, ese no es mi lugar, escúchame, ella lo interrumpía, le decía, no, escúchame tú a mí, si te niegas a hacerlo, nos mandarán un franciscano, flamenco, mexicano, laosiano o de vete a saber dónde,

qué más da, de todos modos nadie entiende ni una palabra de lo que dicen, son un hazmerreír, incluso en los entierros se oyen carcajadas, risitas burlonas, ellos no se dan ni cuenta, están sordos, y seniles, están todos seniles, se confunden de nombre, ¿tú te imaginas?, no son ni capaces de leer bien la placa del ataúd, el mes pasado, en el entierro del viejo Jean-Charles P., el cura lo llamó Jean-Simon durante toda la misa, nadie se atrevió a decírselo, ¡qué bochorno!, y encima lo hacen todo a lo grande, que bien podrían limitarse a lo mínimo, decir la misa, bendecir el cuerpo y volver a su convento, pero ¡ellos no, por supuesto que no!, se embarcan en homilías interminables, no te haces una idea, no acaban nunca, y, por supuesto, nadie entiende nada, ¿cómo pueden pensar por un segundo siquiera que hablan francés?, ¡no me entra en la cabeza!, y menos mal que nadie entiende nada, no nos conocen ni saben nada de nosotros, no cuentan nada más que tonterías, un tópico detrás de otro, y mentiras, y yo no quiero que un belga senil que no conoce a mi hija nos hable de ella y sea el hazmerreír de todo el mundo llamándola Jeannine o Roberte o sabe Dios cómo, no quiero que nos ridiculice, que ensucie su memoria, por mucho que lo haga con las mejores intenciones del mundo, y tú tampoco, tú no quieres eso, no puedes querer eso. Te toca a ti, y no hay más que hablar. No me digas que ese no es tu sitio. ¿Cuál si no iba a ser tu sitio? Ella tenía razón, naturalmente, los franciscanos eran extranjeros, estaban seniles o las dos cosas a la vez, y se expresaban en una jerigonza cuyas sonoridades entusiastas no podían sino poner en grave peligro la solemnidad de cualquier ceremonia, máxime en el caso de unas exequias. De modo que contestó: tienes razón,

y cedió. Aunque ella se hubiera equivocado, la capitulación no habría dejado de ser la única salida concebible; pues su hermana se expresaba con una belicosidad implacable, en un tono que no admitía ningún tipo de contradicción, a pesar de que llevaba treinta y seis horas sin dormir y de que la víspera, sin noticias de Antonia, que no había vuelto de Calvi ni cogía el teléfono, no había sido capaz de terminar una frase sin echarse a llorar, repitiendo con la voz quebrada que había ocurrido una desgracia, estaba segura, cosa que a él lo exasperaba, porque no alcanzaba a preocuparse, a imaginar por un solo segundo que pudiera ser verdad, pero era verdad, y ahora que había ocurrido la desgracia, ella ya no lloraba. Todo el futuro, de golpe, se resumía en la organización del funeral. Él solo tenía que cumplir con su deber y enterrar dignamente a su hija, y ella se entregaba de un modo tan absoluto a esa tarea única, eliminando uno por uno todos los obstáculos que podrían impedir que dicha tarea se llevara a buen término, empezando por la mala voluntad de su propio hermano, que no le quedaba espacio para el dolor. Desafortunado subterfugio, pensaba él. Pobre hermana mía. Se apiadaba de ella, pero no podía evitar reconocer en esa piedad sospechosa el miserable recurso que él también empleaba para huir de su dolor.

Al día siguiente, salió de su parroquia y llegó a Ajaccio. Su sobrino Marc-Aurèle lo esperaba en el aeropuerto. Se dieron un beso y Marc-Aurèle le dijo, qué bien que seas tú quien oficie la misa, a ella le habría alegrado que fueras tú, y se echó a llorar sobre su hombro como un niño pequeño. El calor era espantoso. Notaba en su cuello el aliento de su sobrino, el sudor y las lágrimas

calientes, y se apartó con toda la delicadeza que pudo. Venga, vamos. Circularon bajo un cielo blanco. Al principio, Marc-Aurèle conducía en silencio. De vez en cuando sorbía los mocos y se limpiaba la nariz con el dorso de la mano, dejando un rastro reluciente en la manga del traje negro, hasta que empezó a hablar. Se perdía en conjeturas totalmente desprovistas de sentido, ¡ay, si no hubiera ido a Calvi!, se indignaba porque la familia de la novia de Balagne había llamado a casa para dar un pésame rápido y preguntar si sería posible que les enviaran las fotos igualmente, ¿tú te crees?, y decía lloriqueando, ¡cómo le gustaba la fotografía! El sacerdote cerraba los ojos. Respiraba el perfume del monte bajo por la ventanilla abierta y se obligaba a guardar silencio. No le preguntó a Marc-Aurèle: ¿cómo es posible que ignores por completo quién era tu hermana? Después, Marc-Aurèle sugirió que podían poner la cámara de Antonia cerca del féretro, durante la misa, con un retrato de ella, en recuerdo de lo que amaba, ¿qué opinas?, estaría bien, ¿no?

Él se volvió bruscamente hacia su sobrino. Casi gritó: ¡no! No, de ninguna de las maneras.

Aun así, resultaba extraño ese gusto infalible que siempre había tenido Marc-Aurèle, desde niño, por las ideas más estúpidas y ordinarias. Cuando por casualidad eran del todo grotescas, como la que acababa de exponer con ingenuidad, su entusiasmo no conocía límites. Si lo dejaban hacer, proyectaría una galería de fotos durante la misa, tal vez pretendería incluso leer un poema, obviamente compuesto por él, y seguro sollozaría al recitarlo. En un sentido, era mucho más peligroso que toda una horda de franciscanos seniles y prolijos. Pero su pena era